

El intelectual y el Estado en Latinoamérica

Jorge G. Castañeda

*D*ada la debilidad de los partidos políticos y las organizaciones sociales en América Latina, con la consiguiente brecha entre el Estado y la sociedad civil, los intelectuales de la región han tenido un papel hipertrofiado: se han visto obligados a ocupar el vacío dejado por aquellos actores e instituciones. Tal es la tesis fuerte del presente artículo de Jorge Castañeda, en el que el autor se extiende, además, tanto en la consideración de los temas fundamentales que han sido objeto de preocupación de la intelectualidad latinoamericana (el nacionalismo, la justicia social), como en el análisis de su rol de importadores de ideologías y en el de la influencia que sobre ellos han tenido ciertos acontecimientos de impacto continental, como la Revolución Cubana(1).

LOS INTELECTUALES HAN CUMPLIDO SIEMPRE una función central, y quizás también han desempeñado un papel desproporcionadamente grande en la sociedad y en la política latinoamericanas. En este continente, casi que cualquier persona que escriba, pinte, actúe, enseñe, hable claro o incluso cante, se convierte en "intelectual". Pero el significado de este término se encuentra más próximo a la tradición francesa que a la norteamericana.

A partir de la independencia en el siglo XIX, en parte por la importancia de las tradiciones europeas y en parte como resultado de la debilidad de las instituciones representativas, los intelectuales más destacados han ocupado un espacio decisivo en muchas sociedades latinoamericanas. Con mucha frecuencia, los partidos políticos eran inexistentes o no eran representativos, en tanto que los sistemas electorales casi siempre tenían un carácter puramente

I TRIMESTRE 1994

formal y el proceso de construcción nacional no había culminado. Los intelectuales surgieron en el vacío generado por tales ausencias.

Como preservadores de la conciencia nacional, demandantes críticos y persistentes de explicaciones, baluartes de los principios y de la honestidad, durante casi cinco siglos, que se remontan a los infructuosos intentos del Padre Bartolomé de las Casas de proteger a los indios de la Nueva España, los intelectuales han sustituido sistemáticamente a innumerables instituciones y actores sociales. Esta labor la han cumplido mediante sus escritos, enseñanzas, discursos y otras actividades. No parecería necesario aclarar que no todos los intelectuales latinoamericanos, ni incluso una mayoría significativa de ellos, podrían desempeñar tal función. Sin embargo, un número suficiente de ellos lo viene haciendo año tras año, de tal suerte que la intelectualidad ha llegado a ocupar en muchas naciones latinoamericanas un lugar que no tiene parangón en ninguna otra sociedad.

En la medida en que el siglo XX se extingue, la *intelligentsia* nativa continúa desempeñando dicho papel, en las revoluciones y reformas, en la oposición a los golpes y a las dictaduras, en la educación, la cultura y los medios de comunicación. En dondequiera que surgen partidos políticos

estructurados y duraderos, los intelectuales han participado en su liderazgo o han diseñado sus plataformas. Cuando los medios de comunicación masiva finalmente emergieron en algunas naciones latinoamericanas, aquéllos entraron a ocupar sus páginas editoriales y salas de noticias. Cuando aparecieron los sistemas modernos de educación superior, los intelectuales contribuyeron a su creación o reforma, proporcionándole a los movimientos universitarios un alcance y una influencia real que se extendían bastante más allá de los que les hubieran procurado sus propios méritos iniciales.

En el pasado más reciente, cuando Latinoamérica atravesó por los traumáticos eventos de los 70 y los 80, tales como guerras sucias, revoluciones y contrarrevoluciones, tortura y quemaduras de libros, los intelectuales continuaron siendo las estrellas del escenario político. En el transcurso de la larga noche de las dictaduras militares suramericanas, ellos denunciaron los abusos en contra de los derechos humanos, se resistieron a los intentos de censura y con frecuencia se convirtieron, a costa de un enorme riesgo personal, en el centro de la resistencia en contra del mandato autoritario.

En Brasil, durante los años más duros de la dictadura, los abogados y los periodistas, los obispos y los músicos, así como los científicos

sociales y los cantantes fueron figuras centrales en la lucha en contra de la represión, como también en la pacífica e inexorable, si bien larga, transición hacia un gobierno democrático. Fue en este momento cuando los intelectuales reclamaron su papel dirigente tradicional en Brasil. Científicos sociales como Helio Jaguaribe, Francisco Weffort, Florestan Fernández, Fernando Henrique Cardoso, Candido Mendes, Bolívar Lamounier, lo mismo que economistas como Celso Furtado, desempeñaron papeles decisivos, criticando a la dictadura militar y forjando una alternativa a ella. Cuando la democracia emergió, fundaron partidos políticos, escribieron columnas semanales en la prensa de circulación masiva y ayudaron a guiar el tránsito del país de los problemas del pasado a los desafíos del futuro.

En Argentina los psicoanalistas y los periodistas, junto con los novelistas y los defensores de los derechos humanos, fueron tanto activistas como víctimas en la lucha en contra de la guerra sucia.

La internacionalización de los intelectuales

DESDE LA FORMACIÓN DE SUS NACIONES independientes Latinoamérica ha sido uno de los principales importadores de ideas, ideología, teoría social y doctrinas. Incluso durante las épocas coloniales, la importación de ideas y teorías generó el clima intelectual

No fue accidental que el régimen de Alfonsín, al que le correspondió gobernar al final de la pesadilla, le asignó la tarea de revisar el pasado a una comisión encabezada por Ernesto Sábato, uno de los escritores más destacados del país y una persona relativamente apolítica. Y en el Perú, en donde un segmento considerable de la sociedad se puso en contra del caos cada vez más generalizado, Mario Vargas Llosa, el autor más connotado del país, se vio virtualmente llevado a competir en las elecciones presidenciales en contra de aquellos considerados como los causantes del caos nacional

Es claro, entonces, que en muy buena medida los intelectuales han servido como mediadores entre dos grupos diferentes de actores que con frecuencia han demostrado su incapacidad para comunicarse entre sí. Resulta claro que la mayoría de las veces los intelectuales se colocan exactamente en el límite entre Latinoamérica y el resto del mundo, y entre un Estado fuerte y una sociedad civil débil.

para la independencia. El liberalismo constitucional fue traído de Europa y los Estados Unidos en los inicios del siglo XIX, sin que se tuviera en cuenta que los componentes de esta ideología resultaban con mucha frecuencia completamente

inapropiados para las condiciones locales. En tanto que se diseñaban, adoptaban y promulgaban con sorprendente regularidad unas espléndidas constituciones liberales, prevalecían la guerra civil, la intervención extranjera, la servidumbre, la privación de los derechos civiles e incluso la esclavitud.

En los inicios del siglo XX, y de manera más marcada a partir de su segunda década, el marxismo y el leninismo también fueron importados. Sin embargo, tales ideologías resultaron igualmente inadaptadas e inadaptables a las condiciones del momento. Los marxistas trataron de construir partidos ortodoxos de la clase obrera donde no existían obreros, de distribuir una riqueza igualmente inexistente y de dirigir una revolución a nombre de un sector de la sociedad que constituía la menor de las minorías. Hoy en día, como si nada hubiese sido aprendido del pasado, una ideología radical de libre mercado viene siendo introducida mediante cargamentos enteros y faxes, estableciéndose una notoria uniformidad de políticas económicas y sociales en una región cuya diversidad es equiparada únicamente por su resistencia a tales importaciones forzadas. De pronto parece que el continente entero ha sido convertido por arte de magia a unas doctrinas económicas cuyas raíces nativas son cuestionables.

Pero no son las sociedades las que importan ideologías sino los intelectuales. Los de Latinoamérica

han servido como agentes locales del furor de importación ideológica que está teniendo lugar, al igual que sucedió en los operativos *Socony* y *Speed* de las colonias británicas de antaño. Ellos han venido eliminando los múltiples abismos existentes entre Latinoamérica y el resto del globo; igualmente, ellos han buscado ideologías en el mercado internacional, las han asimilado y las han empacado y enviado para el consumo local. Sectores enteros de intelectuales contemporáneos han vivido en el exterior, desde diplomáticos-escritores mexicanos tales como José Gorostiza, Alfonso Reyes, Carlos Fuentes, Octavio Paz y Fernando del Paso, hasta los muralistas que pintaron en París, Detroit, Nueva York, Dartmouth y Pomona, tanto como lo hicieron en México. Igualmente, desde el novelista colombiano Gabriel García Márquez, el escritor argentino y ciudadano francés naturalizado Julio Cortázar, el embajador guatemalteco Miguel Ángel Asturias y los poetas diplomáticos chilenos Gabriela Mistral y Pablo Neruda, volviendo atrás hasta José Martí y muchos otros del siglo XIX.

Estos intelectuales se asemejan a los tan honrados poetas y juglares de los tiempos homéricos, que viajaban por el mundo del Egeo transmitiendo noticias, chismes y cantos. La única diferencia es que los intelectuales modernos se ocuparon solamente de trasplantar las teorías, en tanto que los griegos se encargaban también de

difundirlas^{1A}. Sin embargo, el efecto de esta situación privilegiada no es de naturaleza exclusivamente positiva. Muchos de los participantes y observadores de los círculos intelectuales latinoamericanos han criticado recientemente a los pensadores y analistas por su inclinación a adaptar sus investigaciones a los gustos de las agencias internacionales que proveen los fondos, o incluso a los gustos particulares de sus empleadores. Desde la derecha del espectro político, Mario Vargas Llosa ha denunciado la manera como el intelectual latino antiestadounidense corteja al "establecimiento cultural de los Estados Unidos, diciendo y haciendo lo que éste espera de él, confirmando así el estereotipo de la visión latinoamericana". Y desde la izquierda, esta tendencia ha sido categóricamente censurada por dos autores norteamericanos, quienes afirmaron que:

"En Latinoamérica hace veinte años era virtualmente imposible encontrar a un intelectual de izquierda dispuesto a aceptar financiación por parte de fundaciones que tuvieran fondos provenientes del exterior. Hoy en

día es extraño encontrar a un investigador que esté conectado con algún instituto establecido y que no sea financiado por alguna de las fundaciones europeas o norteamericanas grandes o pequeñas. Y en lo que respecta a la mayor parte de aquellos que no reciben financiación, ello no sucede porque se opongan a ello, sino porque aún no han establecido los contactos o conexiones apropiadas".

El comentario anterior no es ni del todo falso ni completamente nuevo. La internacionalización de los intelectuales latinoamericanos y su subsecuente subordinación a los caprichos, dictados o simplemente a las inclinaciones evidentes de sus amigos y proveedores de fondos del exterior, ha sido una constante en el debate sobre el papel de la *intelligentsia* en la política del continente. Es cierto que el período de exilio de los 70 y los 80 les forjó unos vínculos internacionales más estrechos, pero Latinoamérica como un todo estaba pasando por un proceso de transformación dramática en lo que respecta a su afinidad con influencias extranjeras. Quizás sus intelectuales sólo

1A/ Alan Riding, corresponsal del *New York Times*, señaló que Latinoamérica terminó exportando su propia manera de pensar sobre sí misma a los Estados Unidos y el resto del mundo, ya sea mediante la teología de la liberación, su visión del Frente Sandinista de Nicaragua, del FMLN en El Salvador, o de Cuba. En realidad, algunos de los últimos *fidelistas* del mundo no se encontrarían en Cuba, sino en Ecuador, México y Brasil.

2/ Mario Vargas Llosa, "El odio y el amor", en *Unomásuno* (Ciudad de México), diciembre 30 de 1991. Sin decirlo con tantas palabras, Vargas Llosa destaca al escritor chileno y profesor de la Universidad de Duke, Ariel Dorfman como un ejemplo de este síndrome.

3/ James Petras y Morris Morley, *U.S. Hegemony Under Siege* (Londres y Nueva York, Verso Books, 1991), p. 147.

estaban dando el paso que sus gobiernos, hombres de negocios y trabajadores inmigrantes también estaban dando aproximadamente al mismo tiempo. En efecto, el ánimo prevaeciente había cambiado, del consignado en la expresión "Yanqui vuelva a casa", al de otra que era "Yanqui vuelva a casa, pero lléveme con usted".

Asumiendo el papel del gobierno

LOS INTELLECTUALES CASI SIEMPRE toman el lugar de alguien o asumen el papel de alguna institución en Latinoamérica. Ellos escriben, hablan, defienden, o hacen lo que otras instituciones o grupos por lo general realizan en otros lugares. Ellos luchan por los derechos de los trabajadores en lugar de los sindicatos y denuncian los abusos a los derechos humanos en cambio de que lo hagan los jueces y las cortes. Condenan la injusticia, la opresión y el fraude electoral a nombre de unos partidos políticos débiles o inexistentes, al tiempo que escriben panfletos denunciando y condenando la corrupción, asumiendo así la función de una prensa que está amordazada y es con frecuencia marginal. Ellos llaman a la protección del medio ambiente en reemplazo de grupos o asociaciones embrionarias o por crearse. En realidad, el papel fundamental que recae sobre los hombros frecuentemente débiles de los intelectuales deriva más de la ausencia de otros

Pero todo ello explica el fenómeno sólo de manera parcial. El papel de los intelectuales también tuvo origen en la enorme brecha que existía y aún existe entre el Estado y la sociedad civil en América Latina, entre unos Estados tradicionalmente fuertes y unas sociedades civiles crónicamente débiles.

sectores que puedan cumplir este papel que de sus propios deseos, capacidades o méritos.

La razón para que se dé esta sustitución recurrente resulta evidente y ha sido señalada en innumerables historias y estudios sobre la política y la sociedad latinoamericanas. Esta última evolucionó sin desarrollar la mayoría de los sectores fuertes de la sociedad civil que generalmente emergen junto con instituciones representativas, al menos desde el punto de vista formal. Esto sucedió en parte porque en casi todos los lugares de Latinoamérica el Estado surgió antes de que la nación se constituyera realmente. Ello llevó a la formación de un Estado superpoderoso en comparación con la sociedad civil, una vez que la nación fue creada. Incluso cuando el Estado mismo no era particularmente fuerte en términos absolutos, como ocurrió durante la mayor parte del siglo pasado, en términos relativos por lo general sobrepasaba a la sociedad civil.

La intelectualidad de izquierda latinoamericana es producto del papel que los intelectuales de todos los matices han desempeñado en la política del continente durante muchos años. Obviamente, no todos sus intelectuales más reconocidos, o siquiera la mayoría de ellos, han pertenecido a la izquierda. De la misma manera, no todos los intelectuales del ala izquierda han sido especialmente destacados. Pero en términos generales, desde los inicios del siglo XX hasta hace poco, la mayoría de los intelectuales latinoamericanos más conocidos se situaron a la izquierda del espectro político.

La intelectualidad de izquierda del continente desempeñó una función fundamental en la conceptualización y socialización de los regímenes populistas de los 30 y los 40. Si bien ella nunca concibió las políticas que fueron realmente puestas en práctica, sí ejerció gran influencia en la preservación de las realizaciones y del legado de estos regímenes en las mentes de los ciudadanos. En los años 60, cuando Cuba se encontró totalmente aislada por parte de los círculos oficiales, los intelectuales en buena medida desempeñaron el papel de los representantes oficiales y de las embajadas. Todo intelectual latinoamericano que fuera digno de su pluma, lienzo o cancionero realizó su viaje a La Habana en uno u otro momento. Tal como lo afirmó

García Márquez:

"La definición de un intelectual de izquierda latinoamericano llegó a ser la defensa incondicional de Cuba. Y los cubanos, mediante sus propios mecanismos, determinaban quién cumplía y quién no con esta solidaridad, aprovechándose de la situación prevaeciente para muchos intelectuales en sus respectivos países. Intelectuales de segundo orden que carecían de oportunidades en sus propias tierras, encontraron la manera de adquirir poder: se convirtieron en paladines de la solidaridad. Se presentaron peregrinajes completos de intelectuales de segunda, que se encaminaban a La Habana con el propósito de desplazar a los intelectuales de la línea frontal de su posición de liderazgo".

No obstante, ya en 1968 el apoyo casi unánime que brindaba a Cuba la intelectualidad latinoamericana comenzó a resquebrajarse. De acuerdo con uno de los escritores cubanos que habían sido artífices de tal consenso, ello se debió a diversos factores externos:

"Hubo una línea ascendente a partir de 1959, que llegó a su punto más alto entre 1967 y 1968 con el Congreso Cultural de La Habana en el Salón de Mayo, al cual asistió prácticamente toda la *intelligentsia* latinoamericana. Desde ese momento empezó el camino cuesta abajo... por dos razones: la primera fue la invasión

4/ Gabriel García Márquez, entrevista con el autor, Ciudad de México, julio 10 de 1992.

a Checoslovaquia y el apoyo de Fidel a ella, y la segunda, el caso Padilla, que fue utilizado en contra de Cuba de una manera muy interesante. Luego, después de 1970 y en particular durante los años 80, la línea continuó su descenso, en la medida en que nosotros adoptábamos modelos tradicionales. En la revolución hubo todo un hábito de frescura, espontaneidad y originalidad que se fue desvaneciendo cuando nosotros empezamos a adoptar cada vez más modelos soviéticos de comportamiento, desde los pañuelos rojos hasta la planificación centralizada⁵⁷.

Durante los años 60 los intelectuales se entregaron a apoyar la revolución cubana. En los 70 su fervor se vio disminuido. En esa década, lo mismo que en la de los 80, en la medida en que progresaba la transición de los regímenes autoritarios, la intelectualidad de izquierda latinoamericana aumentó su vinculación política en la región. Los intelectuales conceptualizaron, negociaron, narraron y con frecuencia se pusieron al frente del por lo general tortuoso y lento proceso hacia el mandato civil, el respeto por los derechos humanos y la construcción de instituciones democráticas. Durante los 80 también estuvieron al frente de debates en torno al asunto de la

intervención en Centroamérica y de la lucha por resolver la crisis de la deuda, que fue devastadora para la región. Con pocas excepciones, la *intelligentsia* se opuso al apoyo de Ronald Reagan a los contras, lo mismo que a su acción de "trazar la línea sobre la arena" en El Salvador y a la invasión de 1989 a Panamá.

Con respecto al asunto de la deuda, ellos asistieron a enormes e interminables congresos a lo largo del continente y en repetidas ocasiones le pidieron a sus gobiernos que dejaran de colocar sus compromisos con la comunidad financiera internacional por encima de los que tenían con sus propios pueblos. Quizás debía haberse esperado que este último grito nacionalista y casi consensual fuera rápidamente sucedido por el desencanto y la división. Por primera vez en décadas, la comunidad intelectual latinoamericana se vio enfrentada entre sí por disputas realmente importantes: algunas provenientes del exterior, otras más cercanas a casa y otras originadas en el mismo núcleo del alma de la región.

Antes incluso de alcanzar su mayor esplendor, pero ciertamente en la medida en que la influencia de la revolución cubana comenzaba a declinar, la intelectualidad de izquierda por lo general se refirió a tres grupos de asuntos, todos los

cuales surgieron con anterioridad a la experiencia cubana, pero fueron claramente traídos al foro por las reverberaciones de la aventura en la isla. En primer lugar, los intelectuales de la región plantearon sistemáticamente el tema del nacionalismo y de la integridad nacional, ligándolo con frecuencia a la política de los Estados Unidos hacia un país o hacia la región entera, y por lo general colocándolo bajo el rótulo de intervencionismo. La trayectoria de la intervención de los Estados Unidos en los asuntos de la región reforzó muchas de las convicciones de los intelectuales: los países del continente habían sido durante mucho tiempo privados de su orgullo e integridad nacionales por parte de los Estados Unidos. Lo que es peor, la guerra de Vietnam le dio a este sentimiento una connotación universal, que simultáneamente lo confirmaba. Los hechos, tanto locales como internacionales, junto con su explicación y carga emocional, armonizaron muy bien. La intelectualidad de izquierda contaba con una causa, la desarrolló bien y convenció a un jurado compuesto por millones de estudiantes que resultaron del *baby boom* de la región y que por primera vez tenían acceso a una educación superior pública y masiva. Obviamente, fue una generación que se inclinó hacia la izquierda de manera natural.

En lo que podría ser catalogado como el *baby boom* del populismo, los hijos de los trabajadores y habitantes urbanos que constituyen

la iconografía del populismo latinoamericano, desde Perón en Argentina hasta Cárdenas en México, estaban asistiendo a la universidad. También ellos se tomarían las calles de sus ciudades, partiendo de Tlateloleco en 1968 hasta Ayacucho, una docena de años después. Mostrándose extremadamente sensibles a los asuntos de la dignidad nacional y a la arrogancia de los Estados Unidos, ellos trataron de encontrar una explicación y una alternativa. Los intelectuales del ala izquierda, que iban desde cantantes populares hasta economistas egresados de Cambridge o de la Sorbona, estaban no solo ansiosos por proporcionar dicha alternativa, sino que también se encontraban en capacidad de hacerlo.

De otro lado, la intelectualidad de izquierda también mostró gran receptividad a ciertas preocupaciones tradicionales latinoamericanas: justicia social, distribución del ingreso, desigualdad y miseria. Estos intelectuales no sólo se han visto siempre asediados por las imágenes y traumas de la miseria abyecta ancestral de la región, sino que hubo varias razones adicionales que hicieron que su interés fuera cada vez más creciente. Los años sesenta y setenta presenciaron la prolongación y, de manera subsecuente, la impredecible conclusión de un largo período de expansión económica. Sin embargo, este crecimiento no produjo el tan esperado y deseado mejoramiento de la distribución de la

⁵⁷ Lisandro Otero, entrevista con el autor, La Habana, noviembre 7 de 1991. Heberto Padilla es un poeta cubano que recibió el premio Casa de las Américas en 1967; después fue despojado de él y se le expulsó de la Unión de Escritores debido a sus opiniones en torno a la revolución. El incidente desató una conmoción por parte de varios antiguos amigos de Cuba, desde Jean Paul Sartre hasta Mario Vargas Llosa.

riqueza y el ingreso. Los intelectuales de una clase media urbana con creciente movilidad ascendente y educación en el extranjero, que al mismo tiempo contaba con una visión cada vez más amplia de la sociedad de la que les había permitido su propia formación, se veían mucho más impresionados por la persistencia de contrastes e injusticias de la vida latinoamericana, que por las ganancias reales alcanzada en términos absolutos en cuanto al nivel de vida. Muchos confundían lo uno con lo otro, concluyendo erróneamente que la persistencia de extremadas desigualdades era equivalente a una ausencia total de progreso.

El inmenso poder de los intelectuales de izquierda latinoamericanos, al igual que el de cualquier convicción, trajeron inevitablemente su corolario: ellos se convirtieron en intermediarios del poder, en actores del poder, y en últimas, en fuentes de poder. García Márquez exagera quizás un tanto cuando afirma claramente lo que muchos otros piensan:

“Existe una curiosa relación entre los intelectuales y el poder político en América Latina. El Estado y los poderes reales nos necesitan, pero al mismo tiempo nos temen. Nos necesitan porque nosotros les proporcionamos el prestigio del que carecen, y nos temen porque nuestros sentimientos y posiciones les pueden hacer daño. En la

historia del poder en Latinoamérica, no hay sino dictaduras militares o intelectuales. No sorprende entonces, y ello resulta fascinante, que el Estado mimara tanto a los intelectuales. En estas circunstancias, uno no puede ser siempre completamente independiente”.

Como políticos y funcionarios buscaron y complacieron a los intelectuales, estos inevitablemente procuraron ejercitar el enorme poder que se depositó en sus manos. Es ahí donde yacen los orígenes de la fascinación de los intelectuales con el poder: se acercan tanto a él, que éste los atrapa, precisamente porque por naturaleza ellos son muy ajenos a él.

Prácticamente todos aquellos que provienen de la tradición de la izquierda —y Jorge Luis Borges es la más importante excepción no izquierdista—, se vieron comprometidos en un proceso de seducción, alineamiento y desencanto con el poder político. La tentación de ejercitar la inmensa fuerza que el Estado les reconoce y que aparentemente la sociedad también acepta, ingresando al gobierno o acercándose bastante a él, resulta por lo general irresistible. Octavio Paz había sido miembro del servicio exterior mexicano durante muchos años antes de que solicitara un período de licencia en 1968 para protestar por la masacre de Tlatelolco. En 1986, en su cumpleaños

número setenta, él le permitió al gobierno de De la Madrid que lo agasajara con una celebración oficial; más tarde, cuando el presidente Salinas lo cortejaba con astucia, se convirtió en un defensor del nuevo régimen autoritario del PRI, con la misma convicción inquebrantable con la que había criticado al viejo régimen.

Carlos Fuentes no se convirtió solamente en amigo del presidente Luis Echeverría y en su embajador en Francia por varios años; él también concibió la más elocuente justificación para respaldar la administración de ese presidente. Fuentes rompió violentamente con José López Portillo, pero pasó a ser un firme defensor de los Sandinistas en Nicaragua, minimizando siempre sus errores y excesos, frente a la abrumadora realidad de la agresión estadounidense. El mismo García Márquez ha sido el único confidente famoso que Fidel Castro ha conservado en el otoño de su patriarcado, pese a que el escritor colombiano sabe muy bien que su cercanía no redundaba en una influencia capaz de hacer inclinar a Fidel en la dirección del cambio y la historia. Finalmente, Mario Vargas Llosa llevó el límite entre el intelectual y el príncipe al extremo: intentó convertirse en el príncipe, compitiendo en las elecciones presidenciales de Perú en 1990.

Los vínculos un tanto incómodos que todos estos intelectuales (y muchos otros bastante menos conocidos y adinerados) establecieron con el poder provienen del

hecho de que ellos mismos poseen poder. La sociabilidad y, en último término, la eliminación de una distancia crítica con respecto al Estado, son consecuencia lógica de la fuerza de los intelectuales; cada uno de los dos elementos no puede existir sin el otro.

Este poder mismo, y la disposición para utilizarlo, explican por qué los debates intelectuales en Latinoamérica se convierten con tanta frecuencia en auténticos enfrentamientos: hay mucho en juego y la lucha se libra sin ceder ni un ápice. Los debates en torno a asuntos como fondos, empleos, y protección y gratificaciones oficiales, resultan con mucha frecuencia enconados y exhaustivos; han sido catalogados como “caníbales”, debido a la ferocidad que conllevan. Dichos debates parecen pueriles e incluso absurdos para quien los mire desde fuera, pero lo cierto es que mediante estas disputas destructoras los intelectuales de la región luchan realmente por lo que importa: el corazón y la dirección de la región. Debido a la debilidad del resto de la sociedad, lo que los intelectuales hicieran o dijeran, escribieran o denunciaran era decisivo, hasta la llamada explosión de la sociedad civil en los 80.

Pero los intelectuales también desempeñaron un papel clave en dicha “explosión”: la conceptualizaron, la narraron, la socializaron (tal como lo hizo en Argentina Adolfo Pérez Esquivel, ganador del premio Nobel de la paz), o le

dieron un simbolismo y la canalizaron hacia una expresión política y unos partidos políticos estructurados, como lo hicieron los cantantes y científicos sociales brasileños. Así, aunque muchas de las circunstancias que llevaron a los intelectuales a asumir un perfil tan

alto durante siglos han empezado ahora a cambiar, estos mismos intelectuales continúan contribuyendo a esa transformación. Ellos siguen siendo actores importantes en el desarrollo de la sociedad civil, si bien ésta empezó a ocupar el lugar que ellos abandonaron.☺